

# DIACONADO PERMANENTE:

## Evaluación de un encuentro y algunas reflexiones teológicas

Un encuentro zonal (cono sur de Latinoamérica) de diáconos permanentes, se realizó en Montevideo entre los días 1 y 6 de agosto de 1977. Estuvieron presentes las esposas y, también, los asesores (entre otros algunos obispos). Fue organizado por el DEVIM (Departamento de vocaciones y ministerios del CELAM). Tuvo como objetivos generales: conocer y evaluar las experiencias del diaconado permanente, ahondar en su significación doctrinal y sugerir líneas pastorales para su promoción.

El trabajo consistió en un intercambio de experiencias y de programas de formación de los candidatos al diaconado de los diversos países. Finalmente, después de una breve ponencia de carácter doctrinal, que estuvo a mi cargo, se elaboraron sugerencias pastorales.

Ha sido, sin lugar a dudas, un acontecimiento eclesial de relieve, que merece la atención de nuestras comunidades. Personalmente me ha dado la oportunidad de reflexionar nuevamente, sobre el diaconado permanente. Reflexiones, que querría ahora poner por escrito<sup>1</sup>.

### *Reflexión previa*

Antes de pasar al análisis de los contenidos de este encuentro querría destacar su marco, su clima, su espíritu. Suele suceder muy a menudo que tales reuniones se caracterizan en primer lugar por el lucimiento de la teoría, por una cierta desconexión con la vida y por la preocupación de redactar conclusiones. Se dan, con demasiada frecuencia, muy rápidamente por descontados algunos elementos básicos de la experiencia de comunión de los cristianos: la presencia de Cristo en la comunidad de aquéllos que se reúnen en su nombre, la exigencia de un estado de constante conversión a El a lo largo del encuentro y el consecuente esfuerzo ascético de entrega a los hermanos (ruptura de las barreras, conocimiento, sencillez de relacio-

<sup>1</sup> En Italia, sobre el tema del diaconado permanente, había publicado en 1974 mi tesis doctoral: *Il diaconato permanente nel Concilio Vaticano II*, Vicenza 1974.

nes, respeto y estima recíproca, amor mutuo). De este modo los encuentros se transforman en detallados análisis sociológicos, en correctas y abstractas afirmaciones teológicas, en programas pastorales escrupulosamente elaborados... regularmente destinados a sepultarse en algún escritorio.

Este encuentro, en cambio, lo hemos vivido con el marco, el clima, el espíritu de una verdadera experiencia de Iglesia. El Espíritu es capaz de dar vida a los huesos secos... ¡y cuántos huesos secos habrán quedado por allí en espera de vida también en este encuentro...! Pero en su organización, en su programa, en su método de trabajo, la vida, la experiencia, las realidades eclesiales de fondo han tenido siempre la prioridad.

Una pregunta, en particular, cuyas respuestas han ocupado gran parte del primer día de trabajo, ha hecho aflorar lo más íntimo de las experiencias personales, logrando una comunión en el espíritu muy palpable. Dicha pregunta es la siguiente: “¿Qué ha significado el diaconado permanente para el diácono mismo, para la esposa, para la vida familiar?”<sup>2</sup>.

No hubo reticencias, ni en el destacar lo que Dios había obrado (con lenguaje muy vivencial se habló: de “densidad del Señor”) con la ordenación diaconal; con respecto a la relación con la esposa se habló de “dos seres” que “son felices en la medida en que se entregan a los hermanos”; de los hijos, que aprenden la actitud de servicio (son muy notables entre ellos algunas vocaciones sacerdotales). Ni tampoco hubo reticencias al poner en común las dificultades (falta de tiempo para la dedicación a la familia, difícil armonización entre los, a veces, delicados compromisos apostólicos y la vida familiar)<sup>3</sup>.

En lo que a mí respecta el testimonio de los hermanos diáconos, sus esposas y también de los otros hermanos sacerdotes y obispos, ha constituido un verdadero ejemplo hacia una vida cristiana de mayor entrega.

### *Evaluaciones de las experiencias y reflexiones teológicas*

Querría ahora examinar los contenidos de las experiencias, nucleándolos alrededor de algunos temas que han llegado a ser un denominador común, sobre los cuales la reflexión teológica (que no tiene que estar ajena a la vida y que dentro de la experiencia eclesial ocupa un lugar preciso) debe apuntar su atención y dar el aporte que le es propio.

<sup>2</sup> *Informes de los diáconos y sus esposas* (síntesis dactiloscrita de los trabajos del encuentro).

<sup>3</sup> Integro el informe con los apuntes personales.

## 1. EL DIACONO "PROMOTOR"

Una de las características de las experiencias diaconales, que se verifica más que en precisas actividades, en un estilo particular de vivir el ministerio diaconal, es el compromiso de los diáconos en el proceso de cambio de la realidad humana. El diácono, durante el encuentro, ha sido definido en este sentido como un "promotor". "La opción de vida realizada por el diácono es a favor de la promoción del hombre. Comprende, conoce y ama al hombre latinoamericano, y en sus comunidades eclesiales de base o en grandes comunidades a las que crea, anima y promueve, va proveyendo de sus líderes autóctonos, a los cuales descubre, desarrolla y acompaña en el desenvolvimiento de su fe y de su acción. La opción no termina allí: movido por el mismo amor de Cristo, crea, organiza, mueve y anima todo cuanto puede favorecer el desarrollo total y orgánico del hombre y de la sociedad. Para ello crea y forma cooperativas, chacras, escuelas, atiende a la salud, etc."<sup>4</sup>.

Tengo que decir que este aspecto de la acción pastoral del diácono (promoción y desarrollo del hombre en su dimensión personal y comunitaria) no me parece que haya ocupado claramente el primer plano. Y esto lo digo no tanto porque su característica de "promotor" aparece como secundaria con respecto a la de "evangelizador"<sup>5</sup> y ni tampoco, aunque esto sea un indicio de mayor importancia, porque no haya habido muchos testimonios concretos de actividades en este sentido, sino porque lo he advertido con seguridad a lo largo de todo el encuentro en las orientaciones de fondo que se han dado a las experiencias diaconales de los distintos países. Decir que no reviste claramente el rol de primer plano no significa decir que no se le dio importancia. Al contrario, los diáconos se distinguían por una dedicación particular a los pobres y necesitados, en sentido amplio. En ciertos casos las experiencias eran realmente relevantes. Pero (y de aquí podría ser promovida una actuación concreta de diálogo entre experiencia y reflexión teológica) considero que le hace falta al diaconado encontrar su centro catalizador, su núcleo de fondo, su luz inspiradora y, para decirlo con términos más académicos, su esencia y su especificidad. Y esto no depende del gusto de encasillar ordenadamente las realidades tremendamente exuberantes e imprevisiblemente fecundas del Espíritu, sino por fidelidad a lo que el mismo Espíritu en la tradición indica y para evi-

<sup>4</sup> *Informe...* p. 2.

<sup>5</sup> En el informe el diácono es definido primeramente como un evangelizador, después como un promotor, además como vínculo y finalmente como liturgo. (Cfr. *Informe...* p. 2).

tar que cualquier vientito sea suficiente para moverle el piso a un diaconado que se balancea entre otras realidades (presbiterado, laicado, ministerios laicales) sin tomar nunca una consistencia propia que, a mi parecer, le compete dentro de la estructura jerárquica de la Iglesia.

Remito a mi trabajo sobre el diaconado en el Concilio Vaticano II para que quede asentado que esta "esencia específica" del diaconado no ha sido suficientemente indicada por el Concilio. Pero, más allá de las resoluciones conciliares, aparecen claramente las intenciones del Espíritu que quiso el diaconado permanente, en un momento en el cual la dimensión diaconal, de servicio de la Iglesia, a imitación del servidor, diákonos, Jesús, tomaba una importancia insospechada en otros tiempos. El tema de la diaconía de la Iglesia se relacionaba con los temas de las necesidades del mundo contemporáneo, con el tema de la justicia, del desarrollo, de la pobreza. ¿Podía quedar sin relevancia (aunque no fuese claramente expresado) la relación entre diaconía y la restauración del diaconado permanente?

Y la tradición ¿qué podía sugerir? Una larga ausencia del ejercicio del diaconado obligaba a buscar muy atrás en la historia de la Iglesia, en los primeros cuatro siglos. La historia del diaconado no es muy clara y lineal, pero sí lo es suficientemente para que se entienda la orientación de fondo. Adalbert Hamman en el libro que tiene como título "Vida litúrgica y vida social" pone de relieve la vinculación estrecha entre la dimensión social-caritativa de la Iglesia primitiva y el diaconado<sup>6</sup>. Un historiógrafo del diaconado, Walter Croce, relaciona la crisis del diaconado en el siglo IV con el abandono por parte de los diáconos de sus tareas caritativas<sup>7</sup>.

Actualmente me parece que sería de mucho provecho leer los "Motu proprio" pontificios sobre el diaconado para hacer resaltar el enfoque, yo diría, nuevo sobre este ministerio. Ya hacía resaltar en mi libro sobre el diaconado algunas débiles indicaciones en el motu proprio "Sacrum diaconatus ordinem" en el sentido de un diaconado proyectado totalmente hacia una realidad de servicio concreto<sup>8</sup>. Pero las indicaciones más claras y convincentes se pueden encontrar en el motu proprio "Ad pascendum". Allí la realidad diaconal aparece con claridad como una realidad de servicio: el diácono es "el animador del servicio, o sea de la diaconía de la Iglesia en las comunidades cristianas locales, signo o sacramento del mismo Cris-

<sup>6</sup> Cito la edición italiana. A. HAMMAN, *Vita liturgica e via sociale*, Milano 1969.

<sup>7</sup> W. CROCE, *Storia del diaconato en Il diacono nella Chiesa e nel mondo di oggi*, Padova 1968, pp. 69-73.

<sup>8</sup> L. BERTELLI, *op. cit.*, pp. 208-210.

to Señor, el cual no vino a ser servido, sino para servir”<sup>9</sup>. Hablando de las funciones del diácono en los primeros siglos se afirma: “Estaba a disposición del obispo para servir a todo el pueblo de Dios y cuidar de los enfermos y de los pobres”<sup>10</sup>. El diácono era llamado, exacta y justamente, “el amigo de los huérfanos, de las personas devotas, de las viudas, ferviente en el espíritu, amante del bien”<sup>11</sup>. No hay que parcializar este aspecto sin reconocer en el diácono, descrito en el documento, también los aspectos de ministro de la Eucaristía para los enfermos<sup>12</sup>, de administrador del bautismo<sup>13</sup>, de predicador (ser boca del obispo)<sup>14</sup>. Al contrario, estos aspectos dan la verdadera dimensión al servicio del diácono.

El diácono, animador del servicio, no es un asistente social, es un celebrante del servicio, es aquél que hace presente el Cristo Cabeza, que vino a salvar el hombre entero en su integridad espiritual y corpórea. En la Iglesia, donde se hace continuamente presente la doble tentación de verticalismo y horizontalismo, desconectados entre ellos, el orden diaconal realiza y promueve su más íntima conexión y la coloca dentro del corazón mismo de su vida: la Eucaristía. En los primeros siglos el diácono llevaba al altar el pan para la Eucaristía y también para los pobres, y del altar partía para distribuirlos a los necesitados<sup>15</sup>. Aislar en la comunidad cristiana estos dos aspectos: altar (relación con Dios) y pobres (compromiso social), sería o cerrarla en un alienante y cómodo verticalismo, o bien en un horizontalismo sin salidas, sujeto a las leyes del egoísmo y capaz de cualquier tipo de deformaciones. El ministerio diaconal está marcado, entonces, por dos dimensiones que justamente en él se funden: dimensión litúrgica y profética y dimensión caritativa. La presencia del diácono hace de la liturgia y de la evangelización, visiblemente, también una celebración de la caridad. El ministerio diaconal es, por lo tanto, un ministerio de celebración de la caridad, la cual por su intermedio está unida con el altar y se organiza concretamente en la comunidad cristiana como la explícita manifestación de la caridad de Cristo.

Muchas comunidades cristianas hacen celebraciones asépticas,

<sup>9</sup> Motu proprio “*Ad pascendum*”, introducción.

<sup>10</sup> *Traditio apostolica*, 39 y 34.

<sup>11</sup> *Testamentum D.N. Iesu Christi*, I, 38.

<sup>12</sup> Cfr. San JUSTINO, *Apología*, I, 65, 5 y 67, 5.

<sup>13</sup> Cfr. TERTULIANO, *De Baptismo*, XVII, 1.

<sup>14</sup> *Didascalia Apostolorum*, II, 44, 4.

<sup>15</sup> A. HAMMAN, *op. cit.*, p. 404.

desconectadas con la vida real, con las necesidades urgentes de los hombres, las cuales quedan afuera de los templos y son objeto de angustia, de sufrimiento y de compromiso en otros lugares y en otros momentos de la vida, sin relación con la meditación de la palabra de Dios, con la alabanza a Dios de los cristianos, con su compartir el pan eucarístico. Todo esto tiene su explicación en miles de motivos, primero: la dificultad de ser fieles al Evangelio en su integridad, pero ¿no tendrá mucho que ver en eso también lo que se podría llamar la “acefalía de la caridad”, la falta del diácono, celebrante de la caridad, en la estructuración de nuestras comunidades?

Me he extendido mucho en este primer aspecto de la realidad diaconal porque lo considero el punto focal hacia el cual deben orientarse los otros aspectos. Como ya he dicho, durante el encuentro, esto no ha sido llevado a nivel de conciencia, pero, a mi parecer, subyacía por lo menos como exigencia en todas las experiencias diaconales. La reflexión teológica tiene en este sentido su tarea de profundización y concientización.

## 2. EL DIACONO COMO “VINCULO”

Otro aspecto de la definición del diácono dada en el encuentro es el de ser “vínculo”: es vínculo entre “la comunidad y el presbítero y el obispo”<sup>16</sup>; es “vínculo que posibilita que la Iglesia toda (jerarquía y pueblo) pueda conocer la realidad y vitalizarla plenamente y entonces dar la respuesta estando al servicio de ella”<sup>17</sup>; es vínculo también porque “por su condición de hombre, teológicamente consagrado y sociológicamente integrado en la vida temporal, realiza una síntesis vital entre jerarquía y mundo que no se da en otros ministerios ordenados”<sup>18</sup>.

El lenguaje no es de los más apropiados teológicamente, pero queda claro lo que se quiere expresar y refleja la experiencia de los diáconos presentes.

Por un lado la dimensión de vínculo del diácono se expresa al ser a la vez miembro de la jerarquía y al estar plenamente insertado en la vida temporal (puede ser casado y en general trabaja pastoralmente en comunidades pequeñas, donde la historia del hombre se hace concreta, cotidiana, encarnada, mezclada con la tierra...).

Por otro lado, la dimensión de vínculo del diácono se expresa

<sup>16</sup> *Informe...*, p. 2.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 2.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 2.

(siempre por el hecho de ser, generalmente, animador de comunidades pequeñas), a través de su subordinación a los otros grados del sacramento del orden, en una proyección de él y de su comunidad hacia las comunidades más grandes. Y esta proyección es creadora de comunión.

Es vínculo, entonces, porque es celebrante de lo pequeño, de lo concreto, de lo cotidiano, de lo olvidado, que se inserta a través de él, dentro de la plenitud de la comunión. Ejerciendo sacramentalmente su diaconía, el diácono promueve la Koinonía. Es su servicio concreto social-caritativo, dentro de la comunidad cristiana, celebrado por él como sacramento de Cristo Servidor, que crea comunión. El aspecto de vínculo está conectado íntimamente con la realidad esencial del diaconado y de ella toma su inspiración.

### 3. EL DIACONO “EVANGELIZADOR Y LITURGO”

Se afirmó también en el encuentro que el diácono es evangelizador anunciando la Buena Noticia y denunciando todo lo que se opone al Reino de Cristo: “testimonio de evangelizador que ya ha sido sellado con la sangre del martirio en algunos casos”<sup>19</sup>.

Además se dice que el diácono ejerce el ministerio litúrgico, ya sea en sus comunidades eclesiales de base, en sus ambientes mismos de trabajo, en sus capillas humildes, en sus villas miserias o favelas, engendrando por la Palabra y el Bautismo a los hijos de Dios, haciendo crecer la comunidad cristiana con la bendición del matrimonio, celebrando la Palabra de Dios en el día del Señor, repartiendo la Eucaristía, visitando e infundiendo esperanza a los enfermos, presidiendo las exequias y también alabando con toda la comunidad el nombre del Señor<sup>20</sup>.

Leyendo, aunque superficialmente, el número 29 de *Lumen Gentium* sobre el diaconado permanente, difícilmente uno se escapa de la impresión que las tareas evangelizadoras y litúrgicas del diácono sean las principales y, además, que no estén necesariamente conectadas con las tareas caritativas. Esta impresión está confirmada por la historia de la restauración del diaconado permanente en el Concilio, visto sobre todo como substitutivo del presbiterado en estas funciones<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 2. Se hace alusión a algunos candidatos al diaconado en Paraguay, que sufrieron la cárcel y la tortura.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 2.

<sup>21</sup> L. BERTELLI, *op. cit.*, pp. 16-33; pp. 88-89, pp. 180-181.

En este encuentro las tareas evangelizadoras y litúrgicas aparecieron bajo una luz distinta: se acentúa en la tarea evangelizadora la denuncia de lo antievangélico, denuncia concreta que ya ha costado la sangre del martirio. Los lugares de las celebraciones son las comunidades eclesiales de base, los ambientes de trabajo, las capillas humildes, las villas miserias o favelas. El diácono aparece así como un evangelizador y un liturgo ligado a una propia y específica manera de evangelizar y celebrar, que esté en conformidad con ser él el sacramento de Cristo Servidor. El diácono como evangelizador y como liturgo tiene, por el sacramento del diaconado, una propia y específica manera de ubicarse dentro del contexto eclesial.

Una vez más se insinúa la orientación de los distintos aspectos de la realidad del diácono al aspecto esencial<sup>22</sup>.

## CONCLUSION

En las actas del Congreso Internacional sobre el diaconado, que tuvo lugar en Pianezza (Turín – Italia) del 2 al 4 de setiembre de 1977, en las relaciones de fondo se trataron estos temas: “Espíritu comunitario y diaconía según Hechos 2, 42 y 4, 32”, “Diaconado y crecimiento del espíritu comunitario”, “Diaconado y opción por los pobres”. Diaconado y caridad, diaconado y comunión: se ha avanzado mucho desde el Concilio Vaticano II hacia la búsqueda de un ministerio diaconal que sea fiel a las perspectivas originarias y que corresponda también a las sugerencias que vienen de la experiencia actual del diaconado.

En el encuentro de Montevideo han aflorado abundantes sugerencias. Hace falta todavía más profundización, más diálogo entre reflexión y experiencia y, por parte de las iglesias locales, más confianza en el Espíritu, que ha querido la restauración del diaconado permanente, y un compromiso serio de sensibilización y de apoyo.

LUCIANO BERTELLI

• 22 Ver el primer aspecto de la descripción del diácono: el diácono-promotor.